

Prólogo

«Amar es lenguaje obscuro»

Más allá de los golpes, más allá de la injuria, la discriminación fundamental y primera que sufrimos las personas lesbianas, gais, bisexuales y transexuales opera en el ámbito de lo puramente simbólico. Y entre todos los símbolos, entre todas experiencias que se nos han venido negando vivir en igualdad, creo que es una tan fundamental como la misma vivencia del amor la que de manera más dolorosa se nos ha impedido desarrollar libremente. La ausencia de referentes nos ha obligado a quienes no podemos definirnos como heterosexuales a tener que buscarlos, en el campo de lo textual, en la narración de amores entre personas de distinto sexo. Y aunque, al fin y al cabo, el amor es amor indistintamente de quién lo sienta, hemos de reclamar nuestro derecho a los referentes propios, a no tener siempre la obligación

de traducir experiencias heterosexuales para el uso de lesbianas, gais, bisexuales y transexuales. Tenemos derecho a nuestras propias historias de amor.

Por eso resulta de tanta importancia este *Un amar ardiente*, que recupera con su trabajo Sergio Téllez-Pon, porque no solo vuelve a leer un grupo de textos clásicos cuyo verdadero significado se ha intentado desvirtuar continuamente, limitando su interpretación a la ramplonería de las «poesías de encargo» de «tono mercenario, cortesano y ceremonioso», como sabiamente recrimina el editor; sino que consigue ordenarlos según el orden marcado por Barthes en sus *Fragmentos de un discurso amoroso* y demostrar sin posibilidad de refutación que son estos poemas de amor; de *buen amor* entre dos mujeres, y que, en perfecto orden, *caben* dentro de los parámetros culturales de la experiencia amorosa. Así, además y como decía antes, al valor filológico de redescubrimiento de una serie de textos se suma el logro de incorporar definitivamente a Juana Inés de la Cruz al corpus literario más propio de las personas no heterosexuales, a nuestra propia tradición literaria.

La reconstrucción de esta literatura que nos es más cercana, que se dirige directamente a nosotros y nosotras sin que sea precisa la *traducción* desde el discurso heterosexual, resulta realmente complicada. Y no estriba su dificultad en que se trate en ocasiones textos oscuros, tanto como los conocidos sonetos de García Lorca o como aquella prometedora afirmación de un personaje de Lope cuando

sanciona que «amor es lenguaje obscuro». No, el mayor reto para llevar a cabo una buena reclamación de nuestro patrimonio cultural se encuentra en que, al contrario de lo que se pudiera esperar, en la mayor parte de los casos los textos son de una claridad cegadora, si bien es precisa una mirada bien educada para descifrar una serie de claves fundamentales de su contexto, y en que la defensa de nuestra interpretación deberá ser constante. Siempre habrá quien quiera despojarnos de los pocos espacios y textos que conseguimos reclamar como propios intentando emborronar una mirada limpia y sabia como la que Sergio aporta a esta edición de los poemas que Juana Inés de la Cruz dedicó a María Luisa Gonzaga Manrique de Lara.

Una dificultad interesante se añade a este caso concreto: nos enfrentamos a una escritora religiosa y, de manera constante, a quienes han producido sus obras en la supuesta paz de los conventos se les presupone una cierta asexualidad bien encuadrada dentro de una heterosexualidad que parece irrenunciable por normativa. Tal sucede, dentro de la tradición lírica peninsular, con Luis de León, a pesar de haber traducido la *Bucólica II* de Virgilio —*formosum pastor Corydon ardebat Alexin*— superando, según creo, la obra original con su *Égloga II*, cuyo comienzo

En fuego Coridón, pastor, ardía
por el hermoso Alexi, que dulzura
era de su señor, y conocía
que toda su esperanza era locura.

no deja dudas sobre el sexo y el afecto homoerótico entre los pastores. No obstante el nulo reparo del fraile en trasladar a nuestra lengua los amores entre dos varones, la crítica de la literatura no ha querido detenerse ni un ápice en esta curiosa traducción. Lo mismo ocurre con Juan de Yepes, *san Juan*, cuyo *Cántico espiritual* refleja un amor del todo heterosexual hacia un Dios incuestionablemente masculino pero que, para poder conseguirse, pasa por la transformación del poeta, convertido en una *esposa* que ha sido *herida* por la divinidad, sin que este sagrado y lírico travestismo haya interesado en exceso a la investigación.

En la misma línea, más cercana por sexo y devoción a Juana Inés e igualmente susceptible de interpretaciones de reapropiación, se encuentra la figura de Teresa de Cepeda, *santa Teresa*, de quien, si bien la *Encyclopedia of Lesbian Histories and Cultures* considera posible un *affair* lésbico, también indica que su apropiación por el discurso lésbico puede ser cuestionable, prefiriendo entenderla como defensora de una suerte de *afecto de gineceo*, propio de la comunidad homosocial del convento. Pero, tal como defiende Juan Manuel Vidal, haciéndose eco de los estudios de Tomás Álvarez, al escribir sobre el *sospechoso amor* que los inquisidores encontraron y censuraron en los escritos de Teresa, cuando indicaba a sus monjas qué afecto habían de guardarse entre sí, ¿es del todo descartable el romance entre mujeres? ¿No puede ser ese *afecto de gineceo* el mismo que Juana Inés de la Cruz declara a la condesa de Paredes

y, unas por otras, confirmar el lesbianismo o la bisexualidad todas?

«Misterios son que no toco», diría María Luisa a Juana Inés en un poema. Pero sucede que nos es muy necesario hundir las manos en estos textos y tocar cuantos versos sea preciso buscando nuestros propios referentes amorosos más allá del absoluto imperio del amor heterosexual. Porque puede que los ejemplos en los que ilustrar nuestras pasiones se encuentren sutilmente escondidos en versos que parecen «poesías de encargo», en poemas que se vienen leyendo como simplemente textos de exaltación amistosa, o en composiciones líricas de amor hacia la divinidad. Lope de Vega no temió ser un varón hablando de amores a un Dios también varón y, por si fuera poco el atrevimiento, vincular amor y amistad:

Quisiera hablaros tierno, y mis temores
no me permiten que requiebros diga,
que donde no hay amigos, no hay amores.

Y quiso llegar más allá todavía, tratando una *amorosa amistad* en la clave más profana y elevar al amigo-amado, como un Ramón Llull, a la divinidad, cuando en *La boda entre dos maridos* Febo le dice a su *amigo* Lauro:

La estrella con que naciste
tiene imperio en mí, y la estoy
tan sujeto, que no soy
más ser del ser que me diste;

que a no conocer los dos
que hay Dios, para más ejemplo
te hiciera labrar un templo
y te adorara por Dios.

Será preciso seguir investigando, y hacerlo con la libertad y acierto con que Sergio Téllez-Pon ha reinterpretado, reordenado y, finalmente, recuperado estos poemas de amor entre dos mujeres en el siglo XVII. Gracias, Sergio, por saber devolvernos el amor que merecemos. Gracias, Juana, por este *amar ardiente* que, aun siendo ya innegablemente nuestro, es patrimonio amoroso de toda la humanidad. Muchas gracias.

Ramón Martínez
Doctor en Filología
Activista por la erradicación de la homofobia

Introducción

La monja y la virreina: «Un amar ardiente»

En 1680, un hecho paradigmático cambia el rumbo de la vida y, sobre todo, el de la obra de sor Juana Inés de la Cruz. El 30 noviembre, pocos días después de que ella cumpliera 32 años, llegan nuevos virreyes a la Nueva España enviados por el rey Carlos II: Tomás Antonio de la Cerdá, marqués de la Laguna, y su esposa, María Luisa Gonzaga Manrique de Lara, condesa de Paredes. Se les da la bienvenida en la Catedral Metropolitana con magnos eventos para los cuales, después de muchos ruegos por parte del cabildo de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de México, sor Juana había aceptado escribir el *Neptuno alegórico*. La condesa quedó tan sorprendida de la vasta cultura que reflejaba el *Neptuno* que quiso conocer a sor Juana y tenerla cerca: después de instalarse en sus

aposentos, empezó a visitarla con bastante regularidad en el convento de San Jerónimo, en cuyo locutorio ambas conversaban sobre arte, música, cocina y, claro, poesía y teatro. Así, pronto se convirtió en la poetisa de la corte.

Para comprender hasta qué punto fue liberadora la amistad con la condesa, primero habrá que decir que sor Juana estaba subordinada al régimen que le imponía su confesor y guía espiritual, el padre jesuita Antonio Núñez de Miranda, uno de los jerarcas católicos más poderosos de la Nueva España. El P. Núñez, al decir de Antonio Alatorre, había escrito «varias obras dedicadas a guiar a las monjas por el camino de la santidad», una de los cuales fue *Distribución de las obras ordinarias y extraordinarias del día*. En esa obra, el P. Núñez estipulaba que para alcanzar la santidad, además del voto de clausura y de castidad, las monjas debían confirmar su voto de obediencia hacia un hombre, en este caso a su guía espiritual, y con él, «la religiosa renuncia a su propia voluntad y libre albedrío». Así que sor Juana no fue la excepción y durante el tiempo que estuvo bajo el ojo inclemente del P. Núñez, todo lo poco que ella escribió pasó por su autorización pues, en congruencia con las ideas expuestas en esa y otras obras, él quería que su hija espiritual se «entregara a Dios» de tiempo completo. De manera que solo le permitió escribir poesías sacras (villancicos y loas) y un par de poemas cortesanos como los que dedicó a la muerte del rey Felipe IV y otro al duque de Veraguas.

En la ahora famosa carta de 1682, *Autodefensa espiritual*, sor Juana cometió la osadía de poner fin a las órdenes del P. Núñez, renunció a seguir sus consejos y de esa manera se liberó del yugo del jesuita, valentía que sin duda solo pudo haber tenido gracias a la influencia de la virreina. Años después, en la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz* (1690), sor Juana dirá que se había hecho monja por conveniencia, no porque fuera lo suficientemente creyente y piadosa, sino porque en el claustro era el único lugar donde podía estudiar (es decir, leer, sobre todo, pero también escribir) sin que antes la hubieran casado y pasara sus días atendiendo a un marido y a los hijos (por esa actitud rebelde para su época y reivindicadora del papel de la mujer es por lo que se la considera una figura emblemática del feminismo). Al P. Núñez no le scandalizaba que sor Juana tuviera tanta facilidad para la poesía sino que esa virtud la usara para escribir poesías mundanas, dirigidas al vulgo. De ahí que en la mencionada carta de 1682 le haga saber que romperá toda relación con él, pues ella seguirá escribiendo ese tipo de poemas, que no está prohibido que los haga y, si los hace, es porque Dios le dio ese don. Los siete años que la virreina vivió en México, dice Alatorre, fueron los más productivos de sor Juana: no solo por toda la serie de poemas que le escribió, sino también por los que la condesa le encargaba, las obras de teatro, las disertaciones, etcétera, sin dejar de escribir los poemas sacros y los villancicos que le quedaban tan bien y que tanto gustaban a los clérigos.

Por eso la amistad con la virreina resultó decisiva para sor Juana, pues al menos intelectualmente fue todo lo contrario a la mano férrea del padre jesuita.

Ya bajo el cobijo de la virreina y «libre del machismo espiritual» del P. Núñez, escribe Alatorre, sor Juana dio rienda suelta a su pluma y los siguientes años fueron los más productivos literariamente hablando. Hay que precisar que no solo fue lo más abundante, sino lo mejor de su obra. Sin embargo, por esas obras mundanas que ahora escribía su antaño protegida, el P. Núñez se escandalizó aún más al considerarlas todo un pecado e impropias de una monja, porque en esa época, como ya se dijo, se creía que las mujeres eran intelectualmente inferiores a los hombres y que necesitaban de la orientación y aprobación de ellos para dar cualquier paso. Sor Juana también se rebeló ante eso y demostró que una mujer, por muy mujer y muy monja que fuera, podía escribir excelentes poemas que la pusieran a la par de uno de los mejores poetas de su siglo: Luis de Góngora (tanto quería estar a la misma altura que sor Juana escribió el *Primer sueño* no porque después fuera escribir un segundo y un tercero, explica Alatorre, sino porque desde el título quería relacionar su poema con la *Soledad primera* del poeta andaluz).

La virreina, entonces, alentó a sor Juana a escribir más: le encargó variaciones sobre varios temas poéticos; le pidió terminar *La segunda Celestina*, obra inconclusa de Agustín de Salazar y Torres; escribir *El divino Narciso* y a meterse en asuntos

teológicos para revirarle al padre Antonio Vieira su sermón sobre la «finezza mayor» de Cristo con los humanos en la famosa *Crisis sobre un sermón*, también conocida como *Carta atenagórica*.

Gracias a toda esa serie de afinidades que las acercaron poco a poco, la relación fue tan estrecha que pasaron de la amistad (bajo la cual escribió sor Juana los primeros poemas «corteses» a los virreyes) a intercambiar pronto algunos regalos (núms. 6, 8, 10, 12-15; la numeración corresponde a la que se le ha dado en esta edición): un nacimiento de marfil, unos peces bobos y unas aves, una rosa, un dulce de nueces que se le había antojado a la virreina cuando estaba embarazada, una andadera para su hijo recién nacido, «el diminuto Josef»... Así hasta que, con el trato y sin darse cuenta, confiesa la propia sor Juana, el amor la agarró desprevenida, es decir, el enamoramiento fue inevitable (núms. 17 y 18). Entonces sor Juana le escribió algunos poemas ya no corteses, sino íntimos, y el intercambio de regalos continuó pero ahora con varios retratos de las dos: sor Juana era guapa, como lo consignó el P. Calleja, su primer biógrafo, quien escribió que le parecía extraño que hubiera tomado los hábitos por «lo singular de su erudición junto con su no pequeña hermosura»; en cambio, no queda ninguno de la condesa que muestre cómo era, solo existe uno de su esposo, el marqués de la Laguna, en el Museo Nacional de Historia del Castillo de Chapultepec en la Ciudad de México. No es descabellado pensar que la virreina también se enamoró de la monja al comprobar que no solo era bonita,

sino culta e inteligente y, por si fuera poco, gran poetisa. Enamorada, pues, una de la otra y correspondidas, entonces, ambas tuvieron todos los altibajos propios de una relación amorosa.

Un testigo cercano y privilegiado de la relación entre sor Juana y la virreina fue Francisco de las Heras, secretario de la condesa y, por órdenes de ella, editor del primer tomo de las obras de sor Juana bajo el título general de *Inundación castálida* (1689), que apareció justo al año siguiente de que la condesa regresara a Madrid a la corte del rey Carlos II. (Los poemas de esa edición, por cierto, dice De las Heras que sor Juana «dedícalos» a la condesa.) Fue él quien los numeró y agregó los epígrafes que encabezan y explican los poemas de sor Juana («En que satisface un recelo con la retórica del llanto», etcétera). En esa primera edición de la poesía de sor Juana, De las Heras fue muy hábil para ordenar los poemas y los distribuyó por aquí y por allá para que no pudieran leerse seguidos y el lector no detectara el amor que sintieron ellas dos. Sin embargo, al frente de uno de los poemas (núm. 3) puso la siguiente advertencia:

«O el agradecimiento de favorecida y celebrada, o el conocimiento que tenía de las relevantes prendas que a la señora virreina dio el cielo, o aquel secreto influjo (hasta hoy nadie lo ha podido apurar) de los humores o los astros, que llaman simpatía, o todo junto, causó en la poetisa un amar a su excelencia con ardor tan puro, como en el contexto de todo el libro irá viendo el lector.»

De las Heras justifica así el sobresalto que pueda causarle al lector la lectura de poemas tan amorosamente ardientes dirigidos a la virreina y por si fuera poco escritos por una monja: que si es por agradecerle que la haya hecho su poetisa favorita y por celebrarla, o porque sor Juana sabía sobre las grandes virtudes que Dios dotó a la virreina, o por la serie de afinidades que tenían o por «todo junto», dice, «causó en la poetisa un amar a su excelencia», es decir, se enamoró fervientemente. En su advertencia, De las Heras, además, desliza un guiño que llama la atención, pues precisa que el de la virreina y la monja fue «un amar [...] con ardor tan puro», o sea, que en el enamoramiento no hubo pecado carnal: con «puro» quiso decir que fue casto, que no hubo relación sexual. Tal vez todo esto (la pasión y los consecuentes avatares) pasaría desapercibido a nuestros ojos de lectores modernos de la poesía de la monja, asegura Alatorre, si De las Heras no hubiera puesto esa advertencia y los epígrafes tan claros. Todos juntos conforman una serie de 50 poemas en los que puede verse el discurso amoroso entre la monja y la virreina: a los regalos intercambiados, les sigue una serie en la que retrata de la belleza amada, como era frecuente que lo hicieran los poetas de su siglo (núms. 18-26), luego la pasión llega a su punto más alto y finalmente aparecen las quejas, juegos de poder, arrebatos y celos. Quizá al principio el lenguaje de estos poemas le parezca ajeno a algún lector, sin embargo, conforme se vaya adentrando en ellos, el lenguaje le resultará más familiar:

en realidad, sor Juana no dice nada que el lector no pueda comprender, pues, si se ha enamorado, con toda seguridad ha padecido los mismos sentimientos. Y justo una de las grandes virtudes de la poesía de sor Juana es su virtuosismo para plasmar los sentimientos humanos.

Escribe Alatorre que si De las Heras no hubiera obviado la relación, hoy en día leeríamos todos esos poemas de otra manera: así que de alguna forma «hay que agradecerle que los haya puesto». Es por eso por lo que para esta edición he respetado esos epígrafes en los que De las Heras va dando cuenta de la relación, pero no así los números que les puso el padre Alfonso Méndez Plancarte para la primera edición moderna de la *Lírica personal* de sor Juana. Me explico: Méndez Plancarte los organizó por tema (filosófico-morales, amorosos, satíricos y burlescos...) y por métrica (sonetos, liras, endechas, décimas...), lo cual no es lógico para la lectura que aquí se propone: sor Juana no tenía temporadas en las que solo escribía puros sonetos, otra época en la que escribía puras liras y así sucesivamente. Más bien escribía una endecha, luego una serie de décimas, más tarde un soneto... Es decir, de manera desordenada. Tan desordenada como el tiempo o las ganas o los sentimientos se lo impusieran. De esa manera, he tratado de establecer un orden conforme la relación amorosa se va dando, guiado por Roland Barthes y sus *Fragmentos de un discurso amoroso*. En esta lógica, primero sor Juana le enviará a la virreina las liras en las que felicita al virrey por su cumpleaños y de

paso hace coquetas alusiones a la condesa, la usa de intermediadora y luego la felicita a ella también por su cumpleaños, la saluda por las Pascuas o celebra el nacimiento de su hijo José (nacido el 5 de julio de 1863)... Siglos después también así lo vio Amado Nervo:

«Puede decirse que no da un paso la virreina sin que la sigan los grandes y rasgados ojos de sor Juana, quien borda la vida diaria de Lysi con rimas resplandecientes.

Va la virreina a las Huertas a divertirse con la amenidad del sitio, y sor Juana compone una florida loa en la que hablan Céfiro, Bertumno, Flora, Pomona, una Ninfa y la Música, derrochando ingenio. Otra loa en que hablan Venus, Belona, La Concordia, Ninfas, Amazonas y dos Coros de Música, celebra el cumpleaños del virrey. Nace el hijo de este, se bautiza, y la monja derrama lirismos apropiados, en los que jamás se olvida de enderezar hermosas alusiones a Lysi.»

Después, están los retratos, alguno de ellos muy atrevido para dirigírselo a una mujer del estatus social de la virreina. Aunque, como ya se dijo, no existe un retrato de ella gracias a esos poemas en que la retrata, los lectores de hoy vemos y sentimos a la condesa como un ser de carne y hueso y, a juzgar por los poemas, también debió ser muy guapa. Luego seguirán los que muestran el total enamoramiento en poemas intensamente amorosos, incluso la sueña eróticamente en un poema (núm. 28) que

es un tópico del barroco pues recuerda a Góngora («Varia imaginación, que en mil intentos...»), Quevedo («Ay, Floralba, soñé que te... ¿dirélo?») y otros. Los poemas de amor dan paso a la parte conflictiva y difícil de la relación y estos a su vez a los de la lejanía, nostalgia y recuerdo. En muchos de sus poemas, el nombre de la virreina, Luisa, sor Juana lo convierte en «Lysi» o «Lísida», la «divina Lisi de sus cálidos versos» (Nervo), en cambio ella se llamará en masculino, «Filia» o «Fabio» (núms. 31-34), con lo cual la monja asumía el papel del enamorado en la relación, o simplemente «Celia» o «Julia».

Los poemas de amor son también aquellos en que se revela el sufrimiento por la pasión; los celos, según Barthes, son parte del discurso amoroso, así como la ausencia y el olvido. Sor Juana escribió un romance sobre los celos (núm. 41) que es una réplica de otro sobre el mismo tema de José Pérez de Montoro («Amor sin celos defiendo...») y sin duda fue un encargo de la virreina, esto se deduce cuando sor Juana manifiesta su admiración por Pérez de Montoro, a quien le habla y le dice que está de acuerdo con él en su tesis del amor perfecto en el que no tienen cabida los celos, por lo tanto su poema no es tanto una réplica, «sino solo una obediencia, / mandada de gusto ajeno, / cuya insinuación en mí / tiene fuerza de precepto»: ese alguien a quien ella obedece solo puede ser la condesa. Pero he aquí que la idea que tenía del amor puro pronto se topó con la realidad, pues la pasión que vivieron la monja y la virreina no fue

perfecto e inevitablemente hicieron su aparición los «celos tiranos»: al parecer la condesa era posesiva, tenía una conducta tiránica («rigurosa» es la palabra que usa la poetisa) y la tenía bien vigilada, «fiscalizada». En un primer poema (núm. 37), al parecer sor Juana recibió una queja de la virreina, algo así como «Juana, hace días que no sé nada de ti» y la monja, habilidosa, le contesta: «Yo te hacía entregada a las oraciones de esta cuarentena, así que no quise interrumpirte, pero la penitencia mayor es mía, pues he ayunado de tu presencia»; y le dice todavía más: «Te digo todo esto, María Luisa, porque sé “cuán aprisa fiscalizas” todo lo que hago y luego piensas que porque no te veo ya te olvidé». Sor Juana, que se había sacudido las «fiscalizaciones» de su confesor, ahora tenía encima las de la condesa: ha pasado de la tiranía a que la sometían como hija de Dios a la tiranía de una intensa pasión. Más tarde, parece que hubo un incidente en el que la monja no esperó el tiempo suficiente a la virreina —a juzgar por el epígrafe de De las Heras— y esta se enojó hasta el punto de que la monja le pide que detenga ya sus «rigores», sus exigencias (núms. 37 y 38); el episodio continúa en uno de sus sonetos más celebrados (núm. 39): en él cuenta que se reconcilan en el locutorio del convento, allí la monja trata de convencerla con palabras, le pide que detenga sus celos tiranos pero no logra ablandar a la virreina así que sus hermosos rasgos se arruinaron hasta el llanto. En varios casos, sor Juana aborda el mismo asunto en distintos poemas («el mismo asunto que

en otro») y, en general, al segundo lo despoja de la anécdota y escribe una composición más conceptista, más barroca.

Varios estudiosos de la obra de sor Juana han sostenido que solo la poesía religiosa la escribió con auténtica pasión, en oposición a la de encargo y la cortesana, de evidente tono mercenario y ceremonioso que también muchos han señalado. De esa manera se intenta minimizar tanto su poesía por encargo como la cortesana, es decir, la que escribió expresamente para celebrar a los virreyes. Por ejemplo, durante el siglo que sor Juana fue desdenada de la poesía hispanoamericana, en 1892, Antonio Sánchez Moguel escribió que el *Neptuno alegórico* «pertenece a la clase llamada “obras de encargo”, generalmente malas». Y un siglo después, escribió Octavio Paz que esos poemas «se insertaban con naturalidad en un género y una tradición. Esas piezas eran, a un tiempo —o como dice la nota [de De las Heras]: *todo junto*—, poemas cortesanos y homenajes de gratitud, incienso palaciego y declaraciones de una amartelada platónica». No puedo sino coincidir con Alatorre, quien responde bien a esos comentarios insustanciales: «¿Cómo admitirle a sor Juana falta de “voluntad” y de “gusto” en las gracias de sus loas profanas y en las agudezas de sus villancicos religiosos? Habrá escrito *El divino Narciso* por encargo de María Luisa, sí, pero la sustancia, la poesía, le salió del alma. Además, la poesía de ciertos romances, la de ciertos sonetos [...] es una poesía de tal manera íntima y temblorosa, que de ningún modo puede ser

fruto de un simple encargo». De manera que, si bien los primeros poemas fueron eso, es decir, poemas cortesanos, como dije párrafos atrás, lo cierto es que después el tono de «gratitud y de incienso palaciego» se va diluyendo poco a poco para dar paso a poemas amorosos, fervientes, íntimos.

Al final, hay una serie de poemas (núms. 42-45) en los que sor Juana lamenta la ausencia de la persona a la que ama, pues la condesa ya ha regresado a España. Habrá que precisar que la relación entre ellas no terminó mal: simplemente cuando el rey solicitó la presencia del marqués y la condesa ellos tuvieron que regresar a Madrid en 1688 pero siempre estuvieron pendientes de sor Juana, se siguieron escribiendo y, como ya se dijo, fue la condesa quien ordenó la publicación de sus obras en España para así darla a conocer en todo el orbe y no solo fuera conocida de este lado del Atlántico. Entonces, una vez más, la monja cumplió la orden, le mandó sus poemas para que la condesa los publicara y, de paso, le envía uno más en el que le agradece que lo haya hecho (núm. 48). Fue así como apareció la *Inundación castálida* en 1689. Además, la monja le escribió un extraordinario poema (que ya se lo remitió «desde México» a Madrid) en el que hizo un retrato erótico de Lísida (núm. 49); este es una variante de otro que escribiera Salazar y Torres, poeta y dramaturgo hispanomexicano muy admirado por la condesa. Y, finalmente, un poema desgarrador por su lejana ausencia (núm. 50). La condesa, a su vez, escribió un romance —muy menor, hay que decirlo— con motivo del que tal

vez sea el último trabajo de sor Juana: los *Enigmas ofrecidos a la discreta inteligencia de la Soberana Asamblea de la Casa del Placer* (publicados en 1695, tres meses antes del fallecimiento de sor Juana, pero escritos a principios de 1693). En ese romance la trata con familiaridad, la llama «amiga», la tutea, la elogia por el alto nivel intelectual que encierran esos veinte *Enigmas* y, dado que la condesa fungió como intermediadora, le agradece que no la haya defraudado ante las monjas portuguesas a quienes iban dirigidos:

De la excelentísima señora Condesa de Paredes, virreina que fue en México, y particular aficionada de la autora

Amiga, este libro tuyo
es tan hijo de tu ingenio,
que correspondió, leído,
a la esperanza del efecto.

Hijo de tu ingenio, digo:
que en él sólo se está viendo,
con ser tal la expectación,
excederla el desempeño.

A ti misma te excediste,
pues este libro que veo,
casi sería malo
si aun no fuera más que bueno.

Misterios son que no toco
estos *Enigmas* que leo,
para que en lo inteligible
no peligrase lo inmenso.

Sólo tu musa hacer pudo,
con misterioso desvelo,
de claridades oscuras,
lo no entendido, discreto.

Ambición tienes de gloria,
pues, *Enigmas* componiendo,
quieres que hasta la ignorancia
conozca tu entendimiento.

Maravilla reservada
a tu ingenio, pues contemplo
que hace que la misma duda
va confirmando tu acierto.

Pero ¿qué muchos, si todos,
discursivos y suspensos,
aun sin penetrar las causas,
se admirán de los efectos?

Felizmente los ofreces
en el más sagrado templo,
donde es corto sacrificio
el más noble rendimiento.

Allí serán explicados,
por que no debieses menos
al acierto de escribirlos
que a la dicha de ofrecerlos.

Allí verás entendidos
esos profundos conceptos,
que fuera impuro holocausto
reservarle el pensamiento.

En sus divinos altares
reverentemente expuestos,
gozarán el noble indulto
de no ser lo obscuro necio.

Y perdoná si te ofende,
pues lo merece este efecto,
de mi lira el destemplado,
ronco, indigno, torpe plectro.

En la edición de *Fama y obras póstumas* (1700), de sor Juana, se dice que una de las composiciones que se incluyen es de «una gran señora muy discreta y apasionada de la poetisa». Aunque no está firmada, es lógico pensar que esa gran señora apasionada (es decir, admiradora) de la poetisa es la propia condesa; en esa composición, pues, María Luisa pondera los grandes saberes de sor Juana:

Décima acróstica

Asuntos las nueve musas
Jocosos dictan, y graves;
Única en todos, tus sabes
Acer te admiren confusas,
Numen de ciencias infusas,
Asombro de inteligencias,
Imponderable en cadencias,
No imitada en consonancias,
Erudita en elegancias,
Singular en todas ciencias.

Sor Juana murió en 1695 y es probable que desde que la condesa regresó a Madrid no se volvieran a ver. Sin embargo, la influencia, la amistad y el amor que la virreina despertó en la monja quedaron para la posteridad en todos estos poemas. Muchos estu-

diosos y aficionados de la obra de sor Juana han coincidido en que la relación entre la monja y la virreina fue más allá del «incierto palaciego» pero solo algunos se han dedicado a reunir o a publicar los poemas como testimonios de esa relación. Entre los pocos que lo han hecho, en España está Luis Antonio de Villena, quien seleccionó un romance (núm. 21) de la monja mexicana en *Amores iguales. Antología de la poesía gay y lesbica* (La esfera de los libros, Madrid, 2002), sin embargo, en su nota de presentación De Villena no hace referencia a la pasión por María Luisa y tampoco es uno de los poemas más intensos o representativos de la relación entre la monja y la condesa.

Después de esta introducción a los poemas amorosos de sor Juana Inés de la Cruz dirigidos a María Luisa Gonzaga Manrique de Lara he creído innecesario agregarles notas, pues, por una parte, los párrafos anteriores ayudan a que cada uno se comprenda dentro de la historia de amor y, por otra, porque creo que estorbarían en la lectura fluida que me he propuesto al reunirlos.

Sergio Téllez-Pon
Ciudad de México, noviembre de 2010 / diciembre de 2016

NOTA

La muerte de mi maestro Antonio Alatorre, ocurrida en octubre de 2010, me hizo releer muchos de sus ensayos sobre la monja jerónima. En uno de ellos, «María Luisa y sor Juana», Alatorre enumera y comenta todos los poemas que la monja le dedicó a la virreina. Entonces pensé que sería buena idea publicar todos esos poemas juntos y seguidos para que pudiera verse ese «amar ardiente» que sintieron ellas, hacer justamente la propuesta de lectura a la que se negó Francisco de las Heras al publicarlos dispersos en la *Inundación castálida*. Después de su muerte, supe que Alatorre había hecho una nueva edición de la *Lírica personal* de sor Juana, a finales de 2009, pero esa edición no tuvo mayor difusión y solo se publicaron mil ejemplares (de ahí que no me haya enterado hasta después de su fallecimiento). Para mi sorpresa, dice Alatorre en su presentación que, en su edición, a él le habría gustado reunir en un mismo apartado todos los poemas amorosos de sor Juana a la virreina, pero no pudo hacerlo porque en el Fondo de Cultura Económica le pidieron que siguiera estrictamente el orden establecido por el padre Alfonso Méndez Plancarte en su edición de 1951. Me dio mucho gusto encontrarme con ese comentario de Alatorre, no solo porque mi pensamiento hubiera coincidido con su propósito, sino también porque valida este trabajo que, desde luego, está dedicado a su memoria.

Bibliografía:

- ANTONIO ALATORRE, «María Luisa y sor Juana», en *Periódico de poesía*, otoño de 2001, núm. 2, pp. 8-37.
- «Sor Juana y los hombres», en *Estudios*, núm. 7, invierno de 1986, pp. 7-27.
- «Sobre el P. Núñez, confesor de sor Juana (a propósito de dos libros recientes)», en *Literatura mexicana*, vol. XIV, núm. 1, 2003, pp. 7-22.
- ROLAND BARTHES, *Fragmentos de un discurso amoroso*, traducción de Eduardo Molina, Siglo XXI, México, 2004.
- SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, *Obras completas I. Lírica personal*, edición, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte, Fondo de Cultura Económica, México, 1951; 2^a. ed., edición, introducción y notas de Antonio Alatorre, Fondo de Cultura Económica, México, 2009.
- Fama y obras póstumas* (1700), edición facsimilar, UNAM, México, 1995.
- Enigmas ofrecidos a la Casa del Placer*, edición y prólogo de Antonio Alatorre, El Colegio de México, México, 1995.
- AMADO NERVO, «Juana de Asbaje», en *Obras completas II*, Aguilar, Madrid, 1952, pp. 431-489.
- OCTAVIO PAZ, «Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe», en *Obras completas III*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2001, pp. 887-912.

En cumplimiento de años del señor marqués de la Laguna, virrey de México, gran mecenas de la poetisa, le escribe este romance

Grande Marqués, mi Señor,
a cuyas plantas consagro
un osado afecto, pues
procura subir tan alto:
hoy es el día feliz
en que vuestra edad ha dado
al orbe de vuestras glorias
tantos círculos de rayos.

Hoy, a vuestro nacimiento,
en los archivos del año,
eterno pórvido sella,
conserva puro alabastro.
Hoy, contra el orden del tiempo,
tienen, por bien empleados,
privilegios presentes
los años que ya pasaron.

Hoy, del Cielo de Medina
en el Oriente más claro,
en cuna de luz, os dieron
alta progenie los Astros.

Hoy vuestros años, por vuestros,
logran, en dichoso espacio,
excepciones de mayores
sin pensiones de más largos.

Hoy la cuantidad del tiempo
blasona que se estrecharon
las glorias de vuestros hechos
a su curso limitado.

Hoy, hasta el nombre feliz
vuestro, en su significado,
se valió de lo plural
para poder explicaros:

pues llamádoos Tomás, que es
Gemellus, quiso, acertado,
que no se llame como uno
el que ha de valer por tantos.

Hoy, en fin, mi afecto humilde
vuestros años celebrando,
los futuros os desea
y os admira los pasados.

El gusto y el tiempo en Vos
contrariamente hermanados,
os finja ligero el gusto
el vuelo del tiempo tardío.
Vuestros humores procedan
con modo tan regulado
que en la acción y la pasión
no den ni reciban daño.

Próvida Naturaleza,
aquej intenso cuidado
que para formaros puso,
ponga ahora en conservaros.

Humildes los Elementos,
a vuestros pies humillados,
lo que en inclemencias suelen,
os tributen en halagos.

Del Sol obsequioso os sirvan
los resplandores templados;
que quien nació entre laureles,
mal puede temer los rayos.

Que si a la edad de los Egipcios
(según quiere Plinio y Marco
Varrón) por el corazón
regulaban el tamaño:

si así regulan los vuestros
quedaréis eternizado,
Señor, si a tanta grandeza
han de igualarse los años.

Pero si al lado, Señor,
de aquel divino milagro
de quien estrellas el Cielo
y flores aprende el Mayo
(mi señora la Marquesa,
en quien ya conformaron
el Cielo espirando aromas,
vibrando luces el prado),
estáis, ¿qué mucho será
que, el privilegio gozando
de que viví en el Cielo,
obtengáis de eterno el lauro?

Vivid en su dulce unión
dichosamente, logrando
en tan feliz Himeneo
la aventura de lograrlo.

2

En frase más doméstica, no menos culta, escribe
al señor virrey, marqués de la Laguna, el mismo
asunto que en otro

El daros, Señor, los años,
sólo es dádiva de Dios;
Él os los dé, ya que sólo
puedo pedírselos yo.

Yo no tengo años que daros,
y sabe el Cielo, Señor,
que a podéroslos yo dar,
no fuera sólo un millón.

Ni sé que haya quien los venda;
que aunque sé de más de dos
que quisieran no tenerlos,
que quieran venderlos, no.

Si yo fuera tan feliz
que consiguiera aquel dón
que a la Sibila Cumana
hizo el encendido Dios,
no propusiera en arena
los años que ella pidió,
que estrechó a un puño de tierra
si tímida petición;

sino que juzgara pocos
los que al nocturno Farol
bordan, con labor brillante,
diamantes, que Estrellas son.

Y no se hartara el deseo,
aun sin dejar mi ambición
átomo olvidado al aire,
al campo pequeña flor,

puntos a la tierra, al agua
gotas, centella al ardor
del fuego, influjos al Cielo,
pequeños rayos al Sol:

sin que sosegara el pecho,
en cuanto el Cielo crió
si no es de la Eternidad
en la infinita estación.

Mas, supuesto que no puedo,
y que sois tan grande Vos,
que recibís los deseos
en lugar de ejecución,

quiero (pues no puedo daros
los siglos de duración,
años, meses, ni semanas)

daros las Horas de hoy:
la que canónica cumple
septenaria obligación,
divina Salmodia, en quien
la Iglesia alaba a su Autor;

que es al número de siete
lo infinito se cifró,
en siete Divinas Horas
infinito tiempo os doy.

También aquel soberano
Pan Divino, a quien Amor
en prisiones de accidentes
cándida cárcel labró

—que después que se hizo Carne
quiso ser Pan, y ordenó
dar en Carne, Pan y Vino
el alimento mayor—,
ofrezco a vuestra salud
que puesto que se me dio
en Comunión como mío,
yo como mío os lo doy.

No os cause risa el mirar
cuán espiritual estoy:
que me visto, como oveja,
al uso de mi Pastor;

y no es mucho, si hoy me han dado
la Sagrada Comunión,
que estando Dios dado a mí,
esté yo de *doyme* a Dios.

Él os guarde, Cerda excelso,
y os dé, en feliz sucesión,
muchas ventajas del Cielo,
muchos émulos del Sol,

con la divina María;
mas perdonad, que la voz
al nombrarla, no prosigue,
embargada del amor.

Desea que el cortejo de dar los buenos años al señor marqués de la Laguna llegue a su Excelencia por medio de la excelentísima señora doña María Luisa, su dignísima esposa

Pues vuestro esposo, Señora,
es vuestro esposo, que basta
(no digo que sobra, porque
no sobra en vuestro amor nada),
dadle los años por mí:
que vos, deidad soberana,
dar vidas podréis; mas juzgo
que mejor podréis quitarlas.

(Digo «mejor», porque siempre
más el desdén sacro campa,
porque las quitáis de oficio
y las concedéis de gracia.)

Y dadme a mí, en aguinaldo
de estas bienvenidas Pascuas,
nuevas de que está el infante
hallado como en su casa:

que si su Excelencia tiene
mi elección, de tal posada
no hayáis miedo que saliera,
ni aun al tiempo de que salga.

Y aunque en los príncipes todos
es costumbre tan usada
dar por Pascuas libertad
a los que en prisión se hallan,

yo, que en las dulces cadenas
de vuestras luces sagradas,
adonde, siendo precisa,
es la prisión voluntaria
(donde es oro la cadena
que adorna a un tiempo y enlaza
y joyeles de diamantes
los candados que la guardan),

vivo, no quiero, señora,
que con piedad inhumana
me despojéis de las joyas
con que se enriquece el alma,
sino que me tengáis presa;
que yo, de mi bella gracia,
por vos arrojaré mi
libertad por la ventana.

Y a la sonora armonía
de mis cadenas amadas,
cuando otros lloren tormentosas,
entonarán mis bonanzas:

Nadie de mí se duela
por verme atada,
pues trocaré ser reina
por ser esclava.

Desea felicidades al señor virrey, y piensa, con alegoría poética, que en su esposa ha conseguido su Excelencia la mayor

Vuestra edad feliz sea,
señor, y os la aumente Dios
como lo merecéis vos
y como mi amor desea:
pues mi voluntad se emplea,
con obligación debida,
sólo en suplicar rendida
a Dios, que os dé eterna palma,
para que al paso del alma
tenga duración la vida.

Si quien en el cielo mora
goza infinito consuelo,
no echará menos el cielo
quien vive con mi señora.
Gozad de esa bella aurora,
a cuya belleza rara
Apolo sus luces pára,
juntando, en dichosa unión,
al bien de la duración
la gloria de ver su cara.

Celebra los años de la excelentísima señora condesa de Paredes

Vuestros años, que la esfera
a luces cuenta, señora,
numera a perlas la aurora
y a flores la primavera,
hoy la luciente carrera
del círculo iluminado
cierran, que ha sido cuidado
atentamente advertido,
bellos, luciente y florido,
del alba, el cielo y el prado.

Círculos, que van girando,
los va, mientras vais viviendo,
vuestro rostro floreciendo
y vuestros ojos dorando:
conque vais encadenando,
cuando esparcís las centellas
de vuestras lucientes huellas
con rosas y resplandores,
una cadena de flores
con eslabones de estrellas.

Como halla vuestra persona
digna de tal majestad,
en círculos vuestra edad
os va haciendo la corona;
y en luceros que eslabona

para la mayor grandeza,
corona vuestra cabeza
en el solio de la esfera,
porque ella sola pudiera
coronar vuestra belleza.

Yo, pues, que dichosa veo
la edad, que adorar no excuso,
por no medirla, rehúso
aun medirla a mi deseo.
Deidad os miro y os creo;
y así, vuestra duración
no la mido a mi intención,
porque deseo que en todo
viváis allá a vuestro modo,
y no a mi limitación.

6

Celebra el cumplir años la señora virreina, con un
retablitó de marfil de Nacimiento, que envía a su
Excelencia

Para no faltar, Lisi bella,
al inmemorial estilo
que es del cortesano culto
el más venerado rito,
que a foja primera manda
que el glorioso natalicio
de los príncipes celebren
obsequiosos regocijos,
te escribo. No porque al culto
de tus abriles floridos
pueda añadir el afecto
más gloria que hay en sí mismos
(que, en la grandeza de tuyos,
verá el menos advertido
que de celebrar tus años
sólo son tus años dignos),
sino porque ceremonias
que las aprueba el cariño,
tienen en lo voluntario
vinculado lo preciso:
que cuando apoya el amor
del respeto los motivos,
es voluntad del respeto
el que es del amor oficio.

¡Rompa, pues, mi amante afecto
las prisiones del retiro!
¡No siempre tenga el silencio
el estanco de lo fino!

¡Deje, a tu deidad atento,
en aumentos bien nacidos,
con las torpezas de ciego
las balbucencias de niño,

y muestre, pues tiene ser
en tus méritos altivos,
que de padres tan gigantes
no nacen pequeños hijos!

Y, añadiendo lo obstinado
a la culpa de atrevido,
haga bienquista la ofensa
lo garboso del delito;

y en tan necesaria culpa
encuentre el perdón propicio,
el que no ofende quien yerra,
si yerra sin albedrío.

Tan sin él, tus bellos rayos
—voluntaria Clicie— sigo,
que lo que es mérito tuyo
parece destino mío.

Pero ¿adónde, enajenada,
tanto a mi pasión me rindo,
que, acercándome a mí afecto,
del asunto me desvío?

Retira allá tu belleza
si quieres que cobre el hilo;
que mirándola, no puedo
hablar más que en lo que miro.

Y pues saber que mi amor,
alquimista de sí mismo,
quiere transmutarse en vida
por que vivas infinito,

y que, por que tú corones
a los años con vivirlos,
quisieran anticiparse
todos los futuros siglos,

no tengo qué te decir,
sino que yo no he sabido,
para celebrar el tuyo,
más que dar un natalicio.

Tu nacimiento festejan
tiernos afectos festivos,
y yo, en fe de que lo aplaudo,
el nacimiento te envío.

Consuélame que ninguno
de los que te dan, rendidos,
podrá ser mejor que aquéste,
aunque se ostente más rico.

De perdones y de paces
fue aqueste natal divino;
dé perdones y haga paces
el haber hoy tú nacido.

Y guárdete por asombro
quien te formó por prodigo;
y hágate eterna, pues puede
quien tan bella hacerte quisó.

Envía las buenas Pascuas de Resurrección a la ex-
celentísima señora condesa de Paredes, en ocasión
de cumplir años la Reina reinante

Darte, señora, las Pascuas
sólo lo puede tu espejo,
porque se tiene la gloria
y porque te muestra el cielo.

Él sí que sólo sabrá
dártelas muy por entero,
pues está llena su luna
de tu sol y tus reflejos;

y no yo, pobre de mí,
que ha tanto que no te veo,
que tengo, de tu carencia,
cuaresmados los deseos,

la voluntad traspasada,
ayuno el entendimiento,
mano sobre mano el gusto
y los ojos sin objeto.

De veras, mi dulce amor;
cierto que no lo encarezco:
que sin ti, hasta mis discursos
parece que son ajenos;

porque carecer de ti
excede a cuantos tormentos
pudo inventar la残酷
ayudada del ingenio.

A saber la tiranía
de tan hermoso instrumento,
no usara de las escarpias,
las láminas ni los hierros:

ocioso fuera el cuchillo,
el cordel fuera superfluo,
blandos fueran los azotes
y tibios fueran los fuegos.

Pues con darte a conocer
a los en suplicio puestos,
dieras con tu vista gloria
y con tu carencia infierno.

Mas baste, que no es de Pascuas
salir con estos lamentos;
que creerás que los Oficios
se me han quedado en el cuerpo.

Vivas, señora, y tus años
gores, como yo deseo;
que es, aunque en frase común,
el sumo encarecimiento:

que ya sé que años y Pascuas
todo viene a ser lo mismo,
pues para mí y para todos
es Pascua del nacimiento.

Dalas por mí a mis dos amos,
cuyos pies rendida beso,
salvando la ceremonia
la desnudez del afecto.

Y adiós, señora, hasta qué
con la vista de tu cielo
resucite, pues es Pascua
de resucitar los muertos.

En retorno de una diadema, presenta un dulce de nueces que previno a un antojo de la señora vi-reina

Acuérdome, Filis mía
(que a mí siempre ese me acuerda
todo lo que a ti tocarte
puede por *fas* o por *nefas*),

que la otra vez que tú estabas,
como dicen en mi tierra,
ocupada en la mayor
obra de naturaleza;

digo, cuando con dos almas
estabas, aunque no sea
menester estar encinta
para que mil almas tengas;

cuando el conde mi señor
de Paredes, o condesa,
antes de nacer, más rico
era que cuando naciera,

pues aunque de su alto padre
gozara la rica herencia,
a quien logró estar contigo
todo le fuera bajeza;

cuando, sin ser maravilla,
se hallaban en tu belleza
dos cuerpos en un lugar,
dos formas y una materia

(si alguno repará el modo,
rspóndele, Lisi bella,
que no se entiende en Palacio
el rigor de las Escuelas);
entonces, pues, digo que,
antojo o capricho fuera
por unas nueces hiciste
más ruido que valen ellas.

Pues por que ahora, señora,
segunda vez no suceda
que nos asustes por una
cosa que tan poco cuesta,
ésas, del año pasado,
la adivinanza poeta
te las guardó, porque Apolo
se lo dictó a mi mollera.

Y a la manera que en Delfos
con encendida elocuencia
inflaba los discursos
de la délfica doncella,
haciéndole en el trípode
(que era aquella rica mesa
de quien se hallaron indignos
los siete Sabios de Grecia)

profetizar los sucesos
de las cosas venideras,
ya en fundadas conjeturas,
ya en equívocas respuestas,
me dijo: «Guárdalas, Juana»;
porque a mí con la llaneza
me suele tratar Apolo
que si algúñ mi hermano fuera;

que él es un dios muy humano,
que por más que lo encarezcan,
no cuida más de su carro,
sus caballos y sus riendas;

y más, después que ha sabido
que privo con tu belleza,
siento de tu valimiento
la villana de Isabela,

me manda mirando a la cara
y ofreciéndome influencias,
por que le consiga yo
los rayos que tú le prestas;

y, conquistador de luces,
con su gorra y reverencias,
me pide que le prorrogues
el oficio de la esfera.

Alégate, por servicios,
que, por que a ti te sirvieran,
descubrió pálidas minas,
engendró cándidas perlas;

que te conquistó los orbes,
que redujo a tu obediencia
las provincias de los astros,
los reinos de las estrellas.

Estas y otras muchas cosas
el pobre te representa
y con una miradura
espera que le proveas.

Y volviendo a mi romance,
digo que él, allá en su lengua,
razonando medios días
y pronunciando centellas,

me dijo: «Esas nueces guarda,
de quien yo fui cocinera;
que, al resollo de mis rayos,
les sazoné las cortezas,

y mira que yo no soy
tan bobo como se piensan
los que dicen que por Dafne
dejé mis luces a ciegas;

que yo soy un dios doctor,
que vivo con la experiencia,
y estoy en edad que sé
dónde el zapato me aprieta;

y habiendo visto el nogal
y el dulce fruto que lleva,
no había de andarme tras
laureles, a boca seca.

Guárdalas, que puede ser
que aquella deidad que peina
rayos, cuyas peinaduras
componen mi cabellera,
conciba fetos de luces,
concepto de rayos tenga;
que no es verdad el que el cielo
siempre ingenerable sea.

Preséntaselas entonces;
que, si afable las acepta,
espero que por tu mano
lograré mis conveniencias».

Esto dijo Apolo; y yo,
señora, para que veas,
que cumple con el oficio
de pretendiente febea,

Habiendo ya bautizado su hijo, da la enhorabuena de su nacimiento a la señora virreina

No he querido, Lisi mía,
enviarte la enhorabuena
del hijo que Dios te dio,
hasta que a Dios lo volvieras:

que en tu religión, señora,
aunque tu beldad lo engendra,
no querrás llamarle tuyo,
menos que de Dios lo sea.

Crédito es de tu piedad
que, naciendo su Excelencia
legítimo, tú le quieras
llamar *hijo de la Iglesia*;

y habiendo nacido a la luz,
hasta que le amaneciera
la de la Gracia, no estimes
la de la Naturaleza.

Gócesle en ella mil siglos
con tan cristiana pureza,
que aumente la que recibe
y la que adquiera no pierda.

Mires, en tu proceder,
de piedad y de grandeza,
lo que Alejandro Olimpias,
lo que en Constantino Elena.

te las remito, por què
a Apolo, si no están buenas,
por mal cocinero, cortes
el copete y las guedejas.

Y yo que llegaba aquí,
cuando hétele aquí que llega
Lima, de tu mano, cón
una emplumada diadema

real insignia que me envías,
en que tu grandeza muestra
que no sólo eres reina, pero
puedes hacer muchas reinas.

Yo la ceñiré, señora,
por que más decente sea
alfombra para tus plantas
coronada mi cabeza.

Doyle por ella a tus pies
mil besos en recompensa,
sin que parezca delito,
pues quien da y besa, no peca.

Enlace, compuesto heroico
de las armas y las letras,
a los laureles de Marte
las olivas de Minerva.

Crezca gloria de su patria
y envidia de las ajenas;
y América, con sus partes,
las partes del orbe venza.

En buena hora el Occidente
traiga su prosapia excelsa,
que es Europa estrecha patria
a tanta familia regia.

Levante América ufana
la coronada cabeza,
y el Águila mexicana
el imperial vuelo tienda,

pues ya en su alcázar real,
donde yace la grandeza
de gentiles Moctezumas,
nacen católicos Cerdas.

Crezca ese Amor generoso;
y en el valor y belleza,
pues de Marte y Venus nace,
a Marte y Venus crezca.

Belona le dé las armas,
Amor le ofrezca las flechas,
ríndale Alcides la clava,
Apolo le dé la ciencia.

Crezca ese nuevo Alejandro,
viva ese piadoso Eneas,
dure ese mejor Pompilio,
campe ese heroico Mecenas.

Que el haber nacido en Julio
no fue acaso: que fue fuerza,
siendo príncipe tan grande,
que naciese Julio César.

Ya imagino que le miro
en la edad pueril primera,
pasarse por la cartilla,
hasta que un Catón parezca,

y ya en la que los romanos,
teniéndola por proactiva,
a la viril toga trocaban
las bulas y la preactiva.

Aquí sí que le verán
el valor y la elocuencia,
admirando las campañas,
coronando las escuelas;

aquí sí que confundidas
el mundo verá, en su diestra,
a los rasgos de la pluma,
de la espada las violencias;

aquí sí que ha de llamarle
las profesiones opuestas,
por su prudencia la paz,
y por su valor la guerra;

aquí sí que el mejor Julio
de erudición y prudencia,
coronista de sí mismo,
escribirá sus proezas;

aquí sí que se ha de ver
una maravilla nueva:
de añadir más a lo más;
de lo máximo crezca.

Presentando a la señora virreina un andador de
madera para su primogénito

Para aquel que lo muy grande
disfraza en tal pequeñez,
que le damos todavía
diminutivo de Josef;

para el que, siendo tan hombre,
tiene visos de mujer,
pues es la niña de vuestros
ojos y los del marqués

(no dije «mi señor» porque
no cupo allí, ya lo veis;
mas ya, señora, lo digo
una vez y dos y tres),

remito, divina Lisi,
ese pie de amiga, que
a la torpeza pueril
le sirva de ayuda-pies.

(Los pies de amigo, señora,
para no andar suelen ser;
mas los pies de amiga son
para enseñarse a correr.)

Bien le quisiera yo dar
el velero palafrén
que a uno sirvió de Pegaso
y en otro Hipogrifo fue,

Aquí sí, que si yo vivo,
aunque esté ya con muletas,
piensa en mi Musa a su fama
añadir plumas y lenguas.

Y aquí ceso de escribirte,
pues pára toda esta arenga
en que viva eternidades
el niño, y tú que la veas.

para que por esos aires
llevara a vuestro doncel,
como un Perseo moderno,
como un Rugero novel;
o aquella viviente nave,
por cuya dorada piel
el Helesponto surcó
tanto argonauta bajel,
para que midiendo el mar;
fuera mi Frixo a poner
nuevo nombre a sus espumas
y a sus olas nueva ley;
o aquel animado esquife,
cuya espalda amiga fue
el naufragio de Anfión
un escamado combés,
para que su madre fuera
seguro mi niño en él,
cantando aquellas *tres ánades*
que nunca pasan de tres;
o el ave que a Ganimedes
condujo en un santiamén
a que ministrase el dulce
ministerio de beber,
para que sobre sus alas
a nuestro niño también
llevase, no a administrar,
sino a administrarle a él.
Pero si apócrifos son,
¿para qué son menester?
Mejor es un Clavileño
de palo, que ande o se esté.

Con éste excuso el gateo,
ya que Lima y Oliver
al enigma del Esfinge
le niegan los cuatro pies.

Ponedlo en él, gran señora,
pues vuestra riqueza es:
que no es fija renta, mientras
no está el mayorazgo en pie.

Dadle bordones agora;
que yo juzgo que después
el Mercurio americano
pihuela habrá menester.

En él andará seguro,
mientras más robusto esté,
y excusará, con el daño,
el agüero de caer.

No de las manos mendigue
el auxilio: porque, en él,
fuera aprender a bajar
un muy indigno aprender.

Del Nilo dice Lucano
que nadie le vio nacer,
porque no es lícito a nadie
que sepa su pequeñez.

Pues, ¿por qué aquí a mejor Nilo
hemos de permitir ver,
cuando ha nacido tan grande,
con achaques de niñez?

Eso no, señora mía;
enséñese de una vez
a estar en pie, y a estar alto,
que es lo que siempre ha de ser.

Y si aquesos pies de palo
que le sirvan no queréis,
yo (aunque malos) de mis versos
os daré todos los pies,
mientras que postrada yo
a los de mis amos tres,
con un triplicado beso
os los beso todos seis.

11

Debió la Austeridad de acusarla tal vez el metro;
y satisface con el poco tiempo que empleaba en
escribir a la señora virreina las Pascuas

Daros las Pascuas, señora,
es en mí gusto, y es deuda:
el gusto, de parte mía;
y la deuda, de la vuestra.

Y así, pese a quien pesare,
escribo, que es cosa recia,
no importando que haya a quién
le pese lo que no pesa.

Y bien mirado, señora,
decid, ¿no es impertinencia
querer pasar malos días
porque yo os dé Noches Buenas?

Si yo he de daros las Pascuas,
¿qué viene a importar que sea
en verso o en prosa, o con
estas palabras o aquéllas?

Y más, cuando en esto corre
el discurso tan apriesa,
que no se tarda la pluma
más que pudiera la lengua.

Si es malo, yo no lo sé;
sé que nací tan poeta,
que azotada, como Ovidio,
suenan en metro mis quejas.

A la misma excelentísima señora, alegórico regalo de Pascuas, en unos peces que llaman bobos, y unas aves

Allá van, para que pases
gustosas Pascuas, señora,
con aquesos bobos versos,
aquesas gallinas coplas.

Como quien soy te regalo,
como quien eres perdona,
y ambas habremos cumplido
con todo lo que nos toca.

Tú eres reina, y yo tu hechura;
tú deidad, yo quien te adora;
tú eres dueño, yo tu esclava;
tú eres mi luz, yo tu sombra.

Yo no tengo qué ofrecerte:
pues de mi misma persona,
por más antiguo derecho
es tu hermosura acreedora.

Y si ahora quiero darme
en retorno de sus honras,
será cometer un robo
por hacer una lisonja;
y querer satisfacer
la deuda a su propia cosa,
no es cumplir con la conciencia
sino con la ceremonia.

Pero dejemos aquesto;
que yo no sé cuál idea
me llevó, insensiblemente,
hacia donde non debiera.

Adorado dueño mío,
de mi amor divina esfera,
objeto de mis discursos,
suspensión de mis potencias;
excelsa, clara María,
cuya sin igual belleza
sólo deja competirse
de vuestro valor y prendas:

tengáis muy felices Pascuas;
que aunque es frase vulgar ésta,
¿quién quita que pueda haber
vulgaridades discretas?

Que yo, para vos, no estudio:
porque de amor la llaneza
siempre se explica mejor
con lo que menos se piensa.

Y dádselas de mi parte,
gran señora, a su Excelencia,
que, si no sus pies humilde,
beso la que pisan tierra.

Y al bellísimo Josef,
con amor y reverencia,
beso las dos, en que estriba,
inferiores azucenas.

Y a vos, beso del zapato
la más inmediata suela;
que con este punto en boca
sólo, callaré contenta.

Pero quien a las deidades
pone víctimas devotas,
de los mismos beneficios
los beneficios retorna.

¿No es todo de las deidades?
¿A su influjo no se adornan
de vida y sentido el bruto,
las plantas de fruto y hojas?

Con su beneficio el campo
doradas espigas brota;
pace el cordero, y las plantas
destilan fragantes gomas;

y no obstante, vemos què
sobre sus aras se corta
a aquél el cuello, y que el ámbar
es exhaladas aromas.

Pues así yo, nuevamente,
a tus plantas generosas
mi esclavitud ratifico
con reiteradas memorias.

Recibe, divina Lisi,
de una alma que se te postra,
el deseo de ser muchas
por que de muchas dispongas.

Y dale a tu invicto esposo
días y año; pues tú sola
como sol darás los años,
y los días como aurora:

dale con tus ojos luces,
el Oriente con tu boca,
con tu semblante las Pascuas,
y con tu cielo las glorias.

Y al hermoso Josef mío,
sucesión tuya dichosa,
dale de mi parte muchos
besapiés y besaboca,

mientras yo le pido a Dios
que te acuerdes, gran señora,
que nací para ser tuya,
aunque tú no lo conozcas.

Esto va sonando a quejas,
y no es ocasión ahora;
en pasándose los años
habrá lugar para todas.

Enviando una rosa a su Excelencia

Esa, que alegre y ufana,
 de carmín fragante esmero,
 del tiempo al ardor primero
 se encendió, llama de grana,
 preludio de la mañana,
 del rosicler más ufano,
 es primicia del verano,
 Lisi divina, que en fe
 de que la debió a tu pie
 la sacrifica a tu mano.

A la misma excelentísima señora

Este concepto florido
 del vergel más oloroso,
 que dejó al jardín glorioso
 por haberla producido;
 ésa, que feliz ha unido
 a lo fragante lo bella,
 doy a tu mano: que en ella
 campará de más hermosa,
 pues en tu boca se roza
 cuando en tus ojos se estrella.

Presente en que el cariño hace regalo la llaneza

Lisi, a tus manos divinas
 doy castañas espinosas,
 porque donde sobran rosas
 no pueden faltar espinas.
 Si a su aspereza te inclinas
 y con eso el gusto engañas,
 perdona las malas mañas
 de quien tal regalo hizo;
 perdona, pues, que un erizo
 sólo puede dar castañas.

Favorecida y agasajada, teme su afecto de parecer
 gratitud y no fuerza

Señora, si la belleza
 que en vos llego a contemplar
 es bastante a conquistar
 la más inculta dureza,
 ¿por qué hacéis que el sacrificio
 que debo a vuestra luz pura,
 debiéndose a la hermosura,
 se atribuya al beneficio?

Cuando es bien que glorias cante
 de ser vos quien me ha rendido,
 ¿queréis que lo agradecido
 se equivoque con lo amante?

Vuestro favor me condena
 a otra especie de desdicha,
 pues me quitáis con la dicha
 el mérito de la pena;

si no es que dais a entender
 que favor tan singular,
 aunque se pueda lograr,
 no se puede merecer.

Con razón: pues la hermosura,
 aun llegada a poseerse,
 si llegara a merecerse,
 dejara de ser ventura.

Que estar un digno cuidado
con razón correspondido,
es premio de lo servido
y no dicha de lo amado.

Que dicha se ha de llamar
sola la que, a mi entender,
ni se puede merecer
ni se pretende alcanzar,

ya que este favor excede
tanto a todos, al lograrse,
que no sólo no pagarse,
mas ni agradecerse puede;

pues desde el dichoso día
que vuestra belleza vi,
tan del todo me rendí,
que no me quedó acción mía.

Con lo cual, señora, muestro,
y a decir mi amor se atreve,
que nadie pagaros debe
que vos honréis lo que es vuestro.

Bien sé que es atrevimiento;
pero el Amor es testigo
que no sé lo que me digo
por saber lo que me siento.

Y en fin, perdonad, por Dios,
señora, que os hable así:
que si yo estuviera en mí,
no estuvierais en mí vos.

Sólo quiero suplicaros
que de mí recibáis hoy,
no sólo el alma que os doy,
mas las que quisiera daros.

17

Alma que al fin se rinda al Amor resistido: es ale-
goría de la ruina de Troya

Cogióme sin prevención
Amor, astuto y tirano:
con capa de cortesano
se me entró en el corazón.
Descuidada la razón
y armas los sentidos,
dieron puerta, inadvertidos;
y él, por lograr sus enojos,
mientras suspendió los ojos
me salteó los oídos.

Disfrazado entró y mañoso;
mas ya que dentro se vio
del Paladión, salió
de aquel disfraz engañoso;
y, con ánimo furioso,
tomando las armas luego,
se descubrió astuto griego
que, iras brotando y furores,
matando los defensores,
puso a toda el Alma fuego.

Y buscando sus violencias
en ella al Príamo fuerte,
dio al Entendimiento muerte,
que era el rey de las potencias;
y sin hacer diferencias

de real o plebeya grey,
haciendo general ley
murieron a sus puñales
los discursos racionales,
porque eran hijos del rey.

A Casandra su fiera
buscó, y con modos tiranos,
ató a la Razón las manos,
que era del Alma princesa.
En prisiones su belleza
de soldados atrevidos,
lamenta los no creídos
desastres que adivinó,
pues por más voces que dio
no la oyeron los sentidos.

Todo el palacio abrasado
se ve, todo destruido;
Deifobo allí mal herido,
aquí Paris maltratado.
Prende también su cuidado
la modestia en Policena;
y en medio de tanta pena,
tanta muerte y confusión,
a la ilícita afición
sólo reserva en Elena.

Ya la ciudad, que vecina
fue al cielo, con tanto arder,
sólo guarda de su ser
vestigios, en su ruïna.
Todo el Amor lo extermina;
y con ardiente furor,
sólo se oye, entre el rumor

con que su crueldad apoya:
«Aquí yace un Alma Troya.
¡Victoria por el Amor!»

Décimas que muestran decoroso esfuerzo de la razón contra la vil tiranía de un amor violento

Dime, vencedor rapaz,
vencido de mi constancia,
¿qué ha sacado tu arrogancia
de alterar mi firme paz?
Que aunque de vencer capaz
es la punta de tu arpón
el más duro de tu corazón,
¿qué importa el tiro violento,
si a pesar del vencimiento
queda viva la razón?

Tienes grande señorío;
pero tu jurisdicción
domina la inclinación
mas no pasa al albedrío;
y así, librarme confío
de tu loco atrevimiento:
pues aunque rendida siento
y presa la libertad
se rinde la voluntad,
pero no el consentimiento.

En dos partes dividida
tengo el alma en confusión:
una, esclava a la pasión,
y otra, a la razón medida.
Guerra civil, encendida,
aflige el pecho, importuna:
quiere vencer cada una,

y entre fortunas tan varias,
morirán ambas contrarias
pero vencerá ninguna.

Cuando fuera, Amor, te vía,
no merecí de ti palma;
y hoy que estás dentro del alma,
es resistir valentía.

Córrase, pues, tu porfía
de los triunfos que te gano:
pues cuando ocupas, tirano,
el alma, sin resistillo,
tienes vencido el castillo
e invencible el castellano.

Invicta razón alienta
armas contra tu vil saña,
y el pecho es corta campaña
a batalla tan sangrienta.

Y así, Amor, en vano intenta
tu esfuerzo loco ofenderme:
pues podré decir; al verme
expirar sin entregarme,
que conseguiste matarme,
mas no pudiste vencerme.

Al retrato de una decente hermosura

Acción, Lisi, fue acertada
el permitir retratarte,
pues ¿quién pudiera mirarte,
si no es estando pintada?

Como de Febo el reflejo
es tu hermoso rosicler,
que para poderlo ver
lo miran en un espejo.

Así, en tu copia, advertí
que el que llegare a mirarte,
se atreverá a contemplarte
viendo que estás tú sin ti,

pues aun pintada, severa
esa belleza sin par,
muestra que para matar
no te has menester entera:

pues si el resplandor inflama
todo lo que deja ciego,
fuera aventurar el fuego
desautorizar la llama.

Que en tu dominio absoluto,
por más soberano modo,
para sujetarlo todo
basta con un sustituto

Pues ¿qué gloria en la conquista
del mundo pudiera haber,
si te costara el vencer
la indecencia de ser vista?

Porque aunque siempre se venza,
como es victoria tan baja,
conseguida con ventaja,
más es que triunfo, vergüenza;

pues la fuerza superior
que se emplea en un rendido
es disculpa del vencido
y afrenta del vencedor.

No es la malla y el escudo
seña de valor subido,
porque un pecho muy vestido
muestra un corazón desnudo;
y del muy armado, infiero
que, con recelo y temor,
se desnuda del valor
cuando se viste de acero;
y así era hacer injusticia
a tu decoro y grandeza,
si triunfara tu belleza
donde basta tu noticia.

Amor, hecho tierno Apeles,
es tan divina pintura,
para pintar tu hermosura
hizo las flechas pinceles.

Mira si matará verte
formada tan homicida:
que es cada línea una herida
y cada rasgo una muerte.

Y no fue de Amor locura
cuando te intentó copiar;
pues quererte eternizar
no fue agraviar tu hermosura;

que estatua que a la beldad
se le erige por grandeza,
si no copia la belleza,
representa la deidad.

Pues es rigor, si se advierte,
que, en tu copia singular,
estés capaz de matar
e incapaz de condolerete.

¡Oh, tú, bella copia dura,
que ostentas tanta crueldad,
concédate a la piedad
o niégate a la hermosura!

¿Cómo, divino imposible,
siempre te muestras, airada,
para dar muerte, animada,
para dar vida, insensible?

¿Por qué, hermosa pesadumbre
de una humilde voluntad,
ni dejas la libertad
ni aceptas la servidumbre?

Pues por que en mi pena entienda
que no es amarte servicio,
violentas el sacrificio,
y no agradeces la ofrenda.

Tú despojas la vida
y purgas la sinrazón,
por la falta de intención,
del delito de homicida.

En tan supremo lugar
exenta quieres vivir,
que aun no te tiene el rendir
la costa de despreciar.

Desprecia siquiera, dado
que aun eso tendrá por gloria;
porque el desdén ya es memoria
y el desprecio ya es cuidado.

Mas ¿cómo piedad espero,
si descubro, en tus rigores,
que con un velo de flores
cubres una alma de acero?

De Lisi imitas las raras
facciones; y en el desdén
¿quién pensara que también
su condición imitaras?

¡Oh, Lisi, de tu belleza
contempla la copia dura,
mucho más que en la hermosura
parecida a la dureza!

Vive, sin que el tiempo ingrato
te desluzca; y goza, igual,
perfección de original
y duración de retrato.

**Esmera su respetuoso amor; habla con el retrato;
y no calla con él, dos veces dueño**

Copia divina, en quien veo
desvanecido al pincel,
de ver que ha llegado él
donde no pudo el deseo;
alto, soberano empleo
de más que humano talento;
exenta de atrevimiento,
pues tu beldad increíble,
como excede a lo posible,
no la alcanza el pensamiento.

¿Qué pincel tan soberano
fue a copiarte suficiente?
¿Qué numen movió la mente?
¿Qué virtud rigió la mano?
No se alabe el arte, vano,
que te formó, peregrino:
pues en tu beldad convino,
para formar un portento,
fuese humano el instrumento,
pero el impulso divino.

Tan espíritu te admiro,
que cuando deidad te creo,
hallo el alma que no veo,
y dudo el cuerpo que miro.

Todo el discurso retiro,
admirada en tu beldad:
que muestra con realidad,
dejando el sentido en calma,
que puede copiarse el alma,
que visible la deidad.

Mirando perfección tal
cual la que en ti llego a ver,
apenas puedo creer
que puedes tener igual;
y a no haber original
de cuya perfección rara
la que hay en ti se copiara,
perdida por tu afición,
segundo Pigmaleón,
la animación te impetrara.

Toco, por ver si esconde
lo viviente en ti parece:
¿posible es que de él carece
quien roba todo el sentido?
¿Posible es que no ha sentido
esta mano que le toca,
y a que atiendas te provoca
a mis rendidos despojos?
¿Que no hay luz en esos ojos,
que no hay voz en esa boca?

Bien puedo formar querella,
cuando me dejas en calma,
de que me robas el alma
y no te animas con ella;
y cuando altivo atropella

tu rigor, mi rendimiento,
apurando el sufrimiento,
tanto tu piedad se aleja,
que se me pierde la queja
y se me logra el tormento.

Tal vez pienso que piadoso
respondes a mi afición;
y otras, teme el corazón
que te esquivas, desdeñoso.
Ya alienta el pecho, dichoso,
ya, infeliz, al rigor muere;
pero, como quiera, adquiere
la dicha de poseer,
porque al fin, en mi poder
será lo que yo quisiere.

Y aunque ostentes el rigor
de tu original, fiel,
a mí me ha dado el pincel
lo que no puede el amor.
Dichosa vivo al favor
que me ofrece un bronce frío:
pues aunque muestres desvío,
podrás, cuando más terrible,
decir que eres impasible,
pero no que no eres mío.

Puro amor, que, ausente y sin deseo de indecen-
cias, puede sentir lo que el más profano

Lo atrevido de un pincel,
Filis, dio a mi pluma aientos
que tan gloriosa desgracia
más causa ánimo que miedo.

Logros de errar por tu causa
fue de mi ambición el cebo;
donde es el riesgo apreciable
¿qué tanto valdrá el acierto?

Permité, pues, a mi pluma
segundo arriesgado vuelo,
pues no es el primer delito
que le disculpa el ejemplo.

Permité escale tu alcázar
mi gigante atrevimiento
(que a quien tanta esfera bruma,
no extrañará el Lilibeo),

pues ya al pincel permitiste
querer trasladar tu cielo,
en el que, siendo borrón,
quiere pasar por bosquejo.

¡Oh, temeridad humana!
¿Por qué los rayos de Febo,
que aun se niegan a la vista,
quieres trasladar al lienzo?

¿De qué le sirve al Sol mismo
tanta prevención de fuego,
si a refrenar osadías
aun no bastan sus consejos?

¿De qué sirve que, a la vista
hermosamente severo,
ni aun con la costa del llanto
deje gozar sus reflejos,
si locamente la mano,
si atrevido el pensamiento,
copia la luciente forma,
cuando los átomos bellos?

Pues ¿qué diré, si el delito
pasa a ofender el respeto
de un sol que llamarlo sol
es lisonja del Sol mismo?

De ti, peregrina Filis,
cuyo divino sujeto
se dio por merced al mundo
se dio por ventaja al cielo:

en cuyas divinas aras
ni sudor arde sabeo,
ni sangre se efunde humana,
ni bruto se corta el cuello,
pues del mismo corazón
los combatientes deseos
son holocausto poluto
son materiales efectos,

y solamente del alma
religiosos incendios,
arde sacrificio puro
de adoración y silencio.

Éste venera tu culto,
éste perfuma tu templo;
que es la petición es culpa
y temeridad el ruego.

Pues alentar esperanzas,
alegar merecimientos,
solicitar posesiones,
sentir sospechas y celos,
es de bellezas vulgares
indigno, bajo trofeo,
que en pretender ser vencidas
quieren fundar vencimientos.

Mal se acreditan deidades
con la paga: pues es cierto
que a quien el servicio paga,
no se debió el rendimiento.

¡Qué distinta adoración
se te debe a ti, pues siendo
indignos aun del castigo,
mal aspiraran al premio!

Yo, pues, mi adorada Filis,
que tu deidad reverencio,
que tu desdén idolatró
y que tu rigor venero:

bien así, como la simple
amante que, en tornos ciegos,
es despojo de la llama
por tocar el lucimiento;

como el niño que, inocente,
aplica incauto los dedos
a la cuchilla, engañado
del resplandor de acero,

y herida la tierna mano,
aún sin conocer el yerro,
más que el dolor de la herida
siente apartarse del reo;

cual la enamorada Clicie
que, al rubio amante siguiendo,
siendo padre de las luces,
quiere enseñarle ardimientos;

como a lo cóncavo el aire,
como a la materia el fuego,
como a su centro las peñas,
como a su fin los intentos;

bien como todas las cosas
naturales, que el deseo
de conservarse, las une
amante en lazos estrechos...

Pero ¿para qué es cansarse?
Como a ti, Filis, te quiero;
que en lo que mereces, éste
es sólo encarecimiento.

Ser mujer, ni estar ausente,
no es de amarte impedimento,
pues sabes tú que las almas
distancia ignoran y sexo.

Demás, que al natural orden
sólo le guardan los fueros
las comunes hermosuras,
siguiendo el común gobierno.

No la tuya que, gozando
imperiales privilegios,
naciste prodigo hermoso
con exenciones de regio:

cuya poderosa mano,
cuyo inevitable esfuerzo,
para dominar las almas
empuñó el hermoso cetro.

Recibe un alma rendida,
cuyo estudioso desvelo
quisiera multiplicarla
por sólo aumentar tu imperio.

Que no es fineza, conozco,
darte lo que es de derecho
tuyo; más llámola mía
para dártela de nuevo.

Que es industria de mi amor
negarte, tal vez, el feudo,
para que al cobrarlo, dobles
los triunfos, si no los reinos.

¡Oh, quién pudiera rendirte,
no las riquezas de Creso
(que materiales tesoros
son indignos de tal dueño),
sino cuantas almas libres,
cuantos arrogantes pechos,
en fe de no conocerte
viven de tu yugo exentos!;

que quiso próvido Amor
el daño evitar, discreto,
de que en cenizas tus ojos
resuelvan el universo.

Mas ¡oh, libres desdichados,
todos los que ignoran, necios,
de tus divinos hechizos
el saludable veneno!: 22

que han podido tus milagros,
el orden controvirtiendo,
hacer el dolor amable
y hacer glorioso el tormento.

Y si un filósofo, sólo
por ver al señor de Delo,
del trabajo de la vida
se daba por satisfecho,

¡con cuánta más razón yo
pagara el ver tus portentos,
no sólo a afanes de vida,
pero de la muerte a precio!

Si crédito no me das,
dalo a tus merecimientos;
que es, si registras la causa,
preciso hallar el efecto.

¿Puedo yo dejar de amarte,
si tan divina te advierto?
¿Hay causa sin producir?
¿Hay potencia sin objeto?

Pues siendo tú el más hermoso,
grande, soberano exceso
que ha visto en círculos tantos
el verde torno del Tiempo,

¿para qué mi amor te vio?
¿Por qué mi fe te encarezco,
cuando es cada prenda tuya
firma de mi cautiverio?

Vuelve a ti misma los ojos
y hallarás, en ti y en ellos,
no sólo el amor posible,
mas preciso el rendimiento,

entre tanto que el cuidado,
en contemplarte suspenso,
que vivo asegura, sólo
en fe de que por ti muero.

22

En un anillo retrató a la señora condesa de Paredes. Dice por qué

Este retrato que ha hecho
copiar mi cariño ufano,
es sobrescribir la mano
lo que tiene dentro el pecho:
que, como éste viene estrecho
a tan alta perfección,
brota fuera la afición
y en el índice la emplea,
para que con verdad sea
índice del corazón.

23

Al mismo intento

Éste, que a la luz más pura
quiso imitar la beldad,
representa su deidad,
mas no copia su hermosura.
En él, mi culto asegura
su veneración mayor;
mas no muestres el error
del pincel tan poco sabio,
que para Lisi es agravio
el que para mí es favor.

Décimas que acompañaron un retrato enviado a una persona

A tus manos me traslada
la que mi original es,
que aunque copiada la ves,
no la verás retractada:
en mí toda transformada,
te da de su amor la palma;
y no te admire la calma
y silencio que hay en mí,
pues mi original por ti
pienso que estás más sin alma.

De mi venida envidioso
queda, en mi fortuna viendo
que él es infeliz sintiendo,
y yo, sin sentir, dichoso.
En signo más venturoso,
estrella más oportuna
me asiste sin duda alguna;
pues que, de un pincel nacida,
tuve ser con menos vida,
pero con mejor fortuna.

Mas si por dicha, trocada
mi suerte, tú me ofendieres,
por no ver que no me quieres
quiero estar inanimada:
porque el de ser desamada

será lance tan violento,
que la fuerza del tormento
llegue, aun pintada, a sentir:
que el dolor sabe infundir
almas para el sentimiento.

Y si te es, faltarte aquí
el alma, cosa importuna,
me puedes tú infundir una
de tantas, como hay en ti:
que como el alma te di,
y tuyo mi ser se nombra,
aunque mirarme te asombra
en tan insensible calma,
de este cuerpo eres el alma
y eres cuerpo de esta sombra.

Procura desmentir los elogios que a un retrato de la poetisa inscribió la verdad, que llama pasión

Este que ves, engaño colorido,
que del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;
este en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores
y, venciendo del tiempo los rigores,
triunfar de la vejez y del olvido,
es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado:
es una necia diligencia errada,
es un afán caduco y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Describe, con énfasis de no poder dar la última mano a la pintura, el retrato de una belleza

Tersa frente, oro el cabello,
cejas arcos, zafir ojos,
bruñida tez, labios rojos,
nariz recta, ebúrneo cuello;
talle airoso, cuerpo bello,
cándidas manos en què
el cetro de Amor se ve,
tiene Fili; en oro engasta
pie tan breve, que no gasta
ni un pie.

Soneto que explica la más sublime calidad de amor

Yo adoro a Lisi, pero no pretendo
que Lisi corresponda mi fineza;
pues si juzgo posible su belleza,
a su decoro y mi aprehensión ofendo.

No emprender, solamente, es lo que emprendo:
pues sé que a merecer tanta grandeza
ningún mérito basta, y es simpleza
obrar contra lo mismo que yo entiendo.

Como cosa concibo tan sagrada
su beldad, que no quiere mi osadía
a la esperanza dar ni aun leve entrada:

pues cediendo a la suya mi alegría,
por no llegarla a ver mal empleada,
aun pienso que sintiera verla mía.

Que contiene una fantasía contenta con amor decente

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias, atractivo,
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes, satisfecho,
de que triunfa de mí tu tiranía:
que aunque dejas burlado el lazo estrecho

que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

Endecasílabo romance: expresa su respeto amoroso; dice el sentido en que llama suya a la señora virreina

Divina Lisi mía:
perdona si me atrevo
a llamarte así, cuando
aun de ser tuya el nombre no merezco.

Y creo no osadía
es llamarte así, puesto
que a ti te sobran rayos,
si en mí pudiera haber atrevimientos.

Error es de la lengua,
que lo que dice imperio
del dueño, en el dominio,
parezcan posesiones en el siervo.

Mi rey, dice el vasallo;
mi cárcel, dice el preso;
y el más humilde esclavo,
sin agraviarlo, llama suyo al dueño.

Así, cuando yo *mía*
te llamo, no pretendo
que juzguen que eres *mía*,
sino sólo que yo ser tuya quiero.

Yo te vi; pero basta:
que a publicar incendios
basta apuntar la causa,
sin añadir la culpa del efecto.

Que mirarte tan alta
no impide a mi denuedo;
que no hay deidad segura
al altivo volar del pensamiento.

Y aunque otras más merezcan,
en distancia del cielo
lo mismo dista el valle
más humilde, que el monte más soberbio.

En fin, yo de adorarte
el delirio confieso;
si quieres castigarme,
este mismo castigo será premio.